

LA VIRGEN DEL SILENCIO

... Y sin embargo todo empezó con una palabra: “Fiat”. Eco del “Fiat lux” y anticipo del “fiat” de Jesús, María responde en la fe a Aquel que desde siempre interpela al hombre con su amor. Nuestro primer encuentro con María en el Evangelio es así de índole dialógica. Ella responde, y comienza la nueva creación: los hijos de Dios, revestidos de luz, son introducidos en la tierra prometida, pasan a ser parte de la naturaleza deificada de Jesús.

En realidad María habló varias veces: “¿Cómo podré ser madre?” (*Lc 1,34*); “Hijo ¿por qué nos has hecho esto?” preguntó al Niño Jesús... pero sabemos también que su vida brotaba del silencio y que su respuesta vital a Dios estaba preñada de silencio. La Madre de Jesús es para todos nosotros una criatura silenciosa.

¿Qué misterio nos revela su vida? ¿Cuál es la metodología profunda y la experiencia de relación que nos ofrece?

La tradición nos habla de que la Virgen, siendo muy niña aún, se consagró por completo a la vida del Templo. Con el correr del tiempo, el amor a Dios alcanza en ella tal profundidad e interioridad que verdaderamente concibe antes por la fe al Hijo que toma carne en su seno. Con ojos penetrantes que entraban siempre más en la profundidad de Dios, María escrutaba con esperanza la historia, y esperaba... Recordaba en su corazón los beneficios de Yahvé a su pueblo, “las promesas hechas en el pasado por la boca de sus santos profetas” y el juramento de liberación hecho a Abraham. Esta es la fuente primera de su silencio que es clima y ámbito de la memoria. Memoria de la fuerte y tierna misericordia de Dios que actualiza, en la historia de cada uno, su Presencia, en la cual está el único fundamento de lo que se espera y se desea, de lo que se es.

En esta memoria, María realiza la ofrenda de sí misma. El “aquí estoy” de Samuel y de todos los profetas adquiere matices de un abandono más total en la audacia de la humildad de esta jovencita, se hace demanda para que Dios tome plena posesión de su vida. Y esta ofrenda y esta demanda se convierten en el ritmo de su respiración... tácita pero que brota de la raíz de su existencia.

En el silencio de esta memoria, obra la creatividad de Dios. “Hágase en mi según tu Palabra”, y la vida toma el significado simple y dinámico de la voluntad amorosa de Aquel a quien en Jesús descubriremos y llamaremos Padre. Adhesión plena de su voluntad y expresión de su libertad, la Virgen solo desea y solo pone como contenido de su plenitud lo que se realiza por su sí: engendrar al Hijo de Dios. Esta respuesta tan esencial nace del abandono de todas las palabras a la Palabra. Este ámbito crea la verdadera capacidad de respuesta que es un gesto, un simple gesto de fe. “Y vio Dios que esto era bueno” (*Gn 1*). Reconocer la voluntad creativa de Dios como Bien y Belleza infinita. La fe la hace atenta y receptiva; tierra fértil, se deja cubrir por la sombra del Espíritu, escucha la voz del Ángel y abre su corazón y su cuerpo a la penetración fecunda del Poder del Altísimo que en ella se acerca al corazón entero de la creación.

De nuevo nos encontramos en un silencio profundo donde solo es posible escuchar. Una escucha tan honda que la transforma en Aquel que habla, reconociendo Su rostro como el Rostro del Señor de su vida. “Escucha Israel, y tú amarás a Yahvé Señor tuyo”.

La continua actitud de escucha es camino a la invasión del Espíritu que ya hace presente el Reino. El abandono al Espíritu en una acogida que unifica todas las fuerzas racionales y

afectivas en torno al corazón hecho silencio por la espera, es y se hace el gesto creativo por excelencia. Así se inicia la creación nueva y continúa en el consentimiento a lo que pasa en cada momento como reconocimiento de la Presencia, en el tiempo y en el espacio.

Es un continuo penetrar con la mirada interior en lo que es de verdad más próximo a nosotros: el Advenimiento del Reino. Por esto la mente, en su aspecto mundano, se hace y permanece silenciosa. En María no hay ruidos de pensamientos o pasiones; a veces no comprende y calla, a veces penetra más en el misterio de Dios, como cuando en Juan se hace madre de todos los hombres, y también calla. Permanece en silencio para que la Palabra hecha carne y carne suya sea la expresión de su vida y su modo de relacionarse con el Padre y con los hombres. En la paciencia de la humildad y en el abandono incondicional al Espíritu, consiente con una fe continua en el misterio de Dios. Esta su pequeñez tan simple y silenciosa vuelve profundos sus ojos, y su mirada se hace palabra y comunicación.

–El lenguaje del alma es el fervor de su amor– dirá san Bernardo (*Cant.* 45,7). Esta VOZ de María grita sobre los terrados y mucho más alto, como brisa ligera y penetrante alcanza la profundidad más escondida de la creación. ¿Quién no conoce el mensaje con el cual María, dulcísima Madre nuestra, toca al hombre en el corazón de su existencia? ¿Cómo hablar de la indecible paz que brota de su silencio vivo y que en la sobria delicadeza del amor nos alcanza y nos introduce en su misma relación con el Padre, en el Espíritu?

María conoce el misterio de Dios, lo lleva en su corazón callando, osando vivir y permanecer – por la fe– a la sombra del Espíritu, hasta Pentecostés. “Guardaba todas estas cosas en su corazón”; este PESO suave la acompaña toda la vida hasta la cruz.

“Guardaba en su corazón”, es decir dejaba que todo fuera guardado en el silencio de la memoria. María nos ofrece el silencio no sólo como LUGAR creativo, sino también como modo de relación.

En la memoria, el corazón está habitado por la Trinidad. Cuando Jesús nos dice: “Si alguien me ama, guardará mis palabras y mi Padre lo amará y vendremos a él para hacer nuestra morada en él” (*Jn* 14,23), nos expresa con palabras cuál es el fruto del permanecer en la memoria. María, su madre, es con su vida, el signo más transparente y fuerte de esta modalidad nueva. “El Espíritu les va a recordar todas mis palabras”, el mismo Espíritu que hizo a María LUGAR de la nueva creación, continuamente le recuerda “todas las cosas” y en el recuerdo, ella deviene morada del Dios Trinitario.

El guardar en el silencio del corazón es así una de las modalidades de relación de la nueva creatura engendrada con Jesús en el Espíritu.

La Virgen nos engendra a la relación, es Madre que ofrece y que abre a la reciprocidad, al Tú como plenitud de vida. Nos ofrece el silencio como una expresión dialogal y por eso dinámica. La ofrenda, la escucha, la acogida de un corazón entregado al Espíritu, olvidado de toda palabra suya, exige una respuesta que parte de su interioridad y de su verdadera naturaleza de Hijo, de creatura que se hace persona solo abriéndose a la comunión trinitaria. Este mensaje contiene una novedad: la Novedad capaz HOY de liberar al hombre de las mil cadenas que lo atan y de hacerlo libre y feliz en la realidad del Reino que está dentro de nosotros y entre nosotros.

Es normal encontrar el *Magnificat* a lo largo del camino de la vida. María canta a Dios; lugar, anuncio, presencia del Advenimiento, su vida es una silenciosa y secreta fiesta de la Fe. Sólo la fe puede cantar libre y gozosa. El *Magnificat* es el canto de exultación nacido de la gozosa entrega de una joven mujer que arriesga toda su vida por la Palabra, abandonando cualquier otra palabra y cualquier otro pensamiento.

¡Felices los pobres y los humildes! Sí, solo ellos CONOCEN de verdad la vida porque no poseen ninguna certeza propia, su fuerza está en ser poseídos y amados como el Hijo, por el Padre, en el Espíritu de amor.

¡María canta! Su sí ha liberado una fuerza cósmica, la Creación va hacia la plenitud de los cielos nuevos y de la tierra nueva. Memoria y fiesta de fe moviéndose en el esplendor de la creación manifiestan la belleza de la “mujer revestida de sol”, la belleza de la Madre para quien todo ser es hijo suyo y por eso está también revestido de luz. Es la epifanía del misterio de la Eucaristía, pues en toda adoración o alabanza es la Eucaristía la que se manifiesta.

El gozo lleva siempre a la celebración del amor, a compartirlo en los espacios de la reciprocidad para llevar a la humanidad el rostro misterioso de la comunión. Aquí está toda la vida de María, en la misma humildad del pan y del vino la encontramos y no solamente como Madre de Jesús sino también de su Cuerpo que es la Iglesia.

Pues la Iglesia es sencillamente LUGAR de la manifestación del Espíritu, que nos hace el único Cuerpo de Jesús, espacio en el cual el compartir juntos el pan y el vino se hace canto de alabanza a Dios y servicio a los hermanos en su memoria.

María nos ofrece continuamente el vino del banquete hasta el encuentro final donde su lenguaje será totalmente nuestro lenguaje en la compenetración del Espíritu.

*Hinojo
Argentina*